

## MI TARJETA DE PRESENTACIÓN: UNA LOCA A QUIEN LE GUSTA ESCRIBIR. ¡DÉJENME TRANQUILA!

Supe que quería ser escritora, si es que alguna vez se alcanza tal título honorífico, a los nueve años.

En el colegio hacía poco que habíamos pasado de hojas sueltas a los cómodos y benditos cuadernos y sobre todo al manejo del bolígrafo. Con él en la mano no podía por menos que lucir mi pequeña letra pulga, justo a la medida de cada cuadrícula del cuaderno grande milimetrado, azul marca Ancla, que me había regalado mi madre. Sospecho que ella hizo aquella compra con la intención de que allí hiciera mis deberes de lenguaje; yo en cambio, con mi espíritu rebelde en ciernes (basta que ella diga blanco, para que yo diga negro) opté por convertirlo en el boceto de un libro que nunca publiqué, pero del que más orgullosa me siento.

Escribir para mí es como una droga: cuanto más escribo más me obsesiona. En la escritura saco simultáneamente lo mejor y lo peor de mí. Mi lado oscuro en historias tenebrosas pretendiendo inspirar miedo junto a mi afán de perfeccionismo para conmigo misma y todo lo que emprendo (por eso leo y releo millones de veces mis relatos y poemas sin sentirme jamás satisfecha al cien por cien). Y dejo entrever también, con cierto disimulo, mi parte más tímida, inocente y candorosa, ésa que me obliga al ostracismo previo más absoluto permitiéndome viajar libremente entre mis ideas o pensamientos, para luego plasmarlos en papel y desnudar mi alma. La escritura me da toda esa libertad. Mis manuscritos podrían pasar de grafólogo en grafólogo y encontrarían en mí una especie de *Dr. Jeckyl* y *Mr. Hide* (eso si consiguiesen descifrar mis intrincadas anotaciones). Supongo que mis gafas y el acné al que continúo abonada aún a mis treintaicuatro años, y que debería estar relegado a un baúl de recuerdos bajo

siete llaves en una profunda mazmorra de mi epidermis, ayudan a mi imagen de ser raro y un tanto antisocial. ¡No me importa! De ese modo ya tengo coartada para jugar a ser poeta sin versos; a matar dragones; a ser un asesino en serie o una cariñosa ancianita que sueña con llevar vida de porno-star.

¿Quién sabe? Algún día quizá me decida a resucitar a mi querido “*Manitas de cristal*” (el ratón pianista de aquel primer cuento) y consiga mi sueño de considerarlo enteramente perfecto, sin necesidad de retoques. Entretanto, seguiré ensayando en el laboratorio de mi casa; en la librería; durante mis múltiples noches de insomnio, y por supuesto en mis escasos momentos de sueño porque soy de quienes duermen pensando en un relato y sus personajes.

A menudo pienso que soy como *Obélix* y que como él, caí en alguna suerte de marmita creativa de cuyo hechizo no podré librarme hasta que me muera. Lo sé: soy *escritodependiente*.